

A poca menos de dos meses de una contienda electoral en que ha de definirse la suerte futura de la República, un observador imparcial, que logre desentenderse de pasiones y prejuicios, no puede dejar de lamentarse interiormente del triste panorama político que ante él se desenvuelve. Muchos son, estoy seguro, los que así hacemos, y por ello, al escribir estas líneas, sin atreverme a tomar la representación de nadie, creo manifestar el sentir de una parte no muy pequeña de nuestra población conciente, que desea orden, paz, bienestar y justicia, y que tiembla ante la idea, no muy peregrina, de una revolución armada. El peligro es, en verdad, inminente, y cerrar los ojos ante el abismo que se abre a nuestros pies, esperando que en el momento oportuno podremos salvarlo, es una actitud antipatriótica y cobarde, que nos llevará inevitablemente al suicidio.

El país se presenta dividido en dos bandos rivales, que cuentan con fuerzas más o menos equivalentes, que se tienen mutuos recelos y que está dispuestos, a conservar el uno, y el otro a obtener, por cualquier medio, el Gobierno de la República. A nadie, por muy cierto conocimiento que tenga de nuestra verdadera situación política, podrá escapar el hecho de que, cualquiera que triunfe, su victoria será, a menos que se emplee la violencia, por un margen muy pequeño; y el perderlo, cualquiera que él sea, recurrirá aun a la fuerza para imponerse, haciendo imposible todo gobierno. La Historia nos muestra que cuando en una Nación luchan dos tendencias extremas: la acción y la reacción, sin que medie ninguna fuerza moderadora y coordinadora, de integración o de centro, como se quiera llamarla, la catástrofe no tarda en venir. La tragedia que en estos momentos sufre la Madre Patria, bañada con la sangre de sus hijos, es una advertencia de la cual sería criminal desentenderse. Una revolución a nadie conviene y no creo que ningún chileno la desee; por el contrario, a todos perjudica: reaccionarios y revolucionarios, culpables e inocentes, trayendo consigo una cierta herrera de miserias y desgracias.

Nuestros políticos, tanto de gobierno como de oposición, si es que son verdaderamente patriotas, si desean ver mañana sus cabezas sobre sus hombros y no quieren que el espectáculo delerese de España se repita entre nosotros, no pueden dejar de comprender esta verdad y es su deber sacrificar sus intereses del momento, y aun sus ideologías, por muy respetables que ellas sean, ante los intereses superiores de la Patria, haciendo posible una solución que ponga término a la desconfianza hoy existente y evite el choque violento entre las dos fuerzas. Si así le hicieran, sería fácil al Presidente de la República, en cuyas condiciones y patriotismo creo que todos los chilenos confían, haciendo uso de las facultades que el Régimen Presidencial en que vivimos le dan, formar un Gobierno con hombres adeptos a su persona, de su exclusiva confianza, sin sujetarse a indicaciones de partidos sino que a su propia conciencia, pues es él, y no los partidos, el que debe responder ante la Nación; con hombres en cuya honradez, independencia, talento y patriotismo pueda confiar el país, que sean capaces de dar a todos iguales garantías, terminando con la desconfianza existente y haciendo renacer entre los chilenos la armonía, que hoy parece ya rota, y sin la cual la Guerra Civil es inevitable. Con la cooperación desinteresada de los partidos políticos, el Presidente de la República podría ayudar poderosamente, mediante su iniciativa e influencia, a la formación de una fuerte mayoría de centro, que confirmada por el pueblo en las elecciones de Marzo, diera al país un Gobierno amplio y estable.

Me parece éste el único medio de evitar la Revolución armada, que no esté reñido con el Régimen Democrático, que tanto las Derechas como las Izquierdas dicen defender, al mismo tiempo que la mejor manera de realizar esa defensa. Lo único que puede poner en peligro a la Democracia es la guerra civil; evitándola a tiempo, se defiende mejor que con leyes represivas al sistema democrático constitucional.

Pedrá parecer esta solución ingenua y utópica. A los que así opinan, les conteste yo diciéndoles que existe en Chile una mayoría real de personas unidas por las mismas necesidades y aspiraciones, que sienten iguales deseos de bienestar, de progreso y de paz y que concuerdan con los mismos ideales social-democráticos. Ninguna barrera infranqueable los separa, y si hasta ahora han estado desunidos, ha sido por diferencias en la apreciación de cuestiones de poca importancia, y especialmente, por la ambición de los caudillos que han ex-

pletade esas diferencias. Ante el peligro común, no tardarán en unificar sus fuerzas, si los dirigentes políticos no insisten en separarlos.

Se podrá también decir que los jefes de nuestra política no estarán de ningún modo dispuestos a retroceder o transigir. A esta argumentación sólo quisiera responder recordando a todos los políticos que tienen en sus manos los destinos de mi Patria, que así como en la vida de los hombres es necesario a cada instante un sacrificio del presente por el porvenir, así también en la vida de los pueblos; que en el curso de la Historia hay momentos en que es preciso transigir o perecer, y que vivimos uno de esos momentos. ~~Transigir~~

¡Tomen ellos la actitud que la experiencia de otros pueblos y su conciencia de dirigentes de la Nación los recomiende! Si no lo hacen, ¡caiga sobre ellos la responsabilidad de no haber sabido o no haber querido evitar la catástrofe, permitiendo que el país marchara al azar hacia el abismo...!

*Pat. Aylwin*

PATRICIO AYLWIN AZOCAR.-

San Bernardo, 15 de Enero de 1937.

*no a público.*

www.archivopatricioaylwin.cl